

# Sir Bertrand

Por Anne Letitia Barbauld

*La literatura gótica aparece hacia fines del siglo XVIII, y se caracteriza sobre todo por la presencia de una dama en apuros en un escenario de ruinosos castillos medievales donde los vientos hielan la sangre con un sollozo ultraterreno y los carcomidos portones de una torre ocultan horrores sin nombre. Entre los principales exponentes del género se cuentan Ann Radcliffe (Los misterios de Udolfo, El italiano, El romance de la floresta), Horace Walpole (El castillo de Otranto), Matthew Gregory Lewis (El monje).*

*Anne Letitia Barbauld, discípula de Walpole y admirada por éste, nos ha legado un fragmento titulado "Sir Bertrand" que data de 1773 y en el cual, según afirma Lovecraft, "se han pulsado en verdad las cuerdas del horror genuino con mano nada torpe".*

Sir Bertrand volvió su corcel hacia la campiña ondulada, con la esperanza de cruzar esos páramos sombríos antes de la media noche. Pero antes de que hubiera recorrido la mitad de su jornada, quedó perplejo y confundido por un cruce de caminos; y no pudiendo percibir, hasta donde alcanzaba su vista, objeto alguno fuera del pardo brezal que lo rodeaba, acabó por no saber cuál de las sendas tomar. La noche lo sorprendió en estas circunstancias.

Era una de esas noches en que la luna despidió un leve resplandor a través de los densos nubarrones negros de un cielo encapotado. De tiempo en tiempo levantábase el velo y se mostraba en todo su esplendor, para luego ocultarse tras él, habiendo ofrecido tan sólo al desamparado Sir Bertrand una amplia perspectiva del yermo desolado. Por un momento, la esperanza y su valor innato lo impulsaron a avanzar; pero la creciente oscuridad y la fatiga de su cuerpo y de su mente acabaron por rendirlo; temía apartarse del suelo que pisaba, por miedo a encontrarse con hoyas y ciénagas desconocidas; y apeándose, desesperado, de su caballo, se arrojó al suelo. No llevaba mucho tiempo en esa posición, cuando el lúgubre tañido de una campana

distante llegó a sus oídos; se incorporó y, volviéndose en la dirección de donde provenía el sonido, advirtió una luz rutilante y difusa. Inmediatamente asió la brida de su caballo y avanzó, con paso cauteloso, hacia ella. Tras una penosa marcha, lo obligó a detenerse un foso que rodeaba el lugar de donde procedía la luz; y un resplandor momentáneo de la luna le permitió ver en su totalidad una mansión antigua, con torrecillas en las esquinas y un amplio pórtico en el centro. Todo en ella revelaba los estragos del tiempo. El techo se había vencido en varias partes; los murallones estaban semiderruidos, y los ventanales, rotos y desmantelados. Un puente levadizo, con una reja herrumbrada en cada extremo, conducía al patio frontal del edificio.

Entró y al instante la luz, que procedía de una de las torrecillas, se deslizó y desapareció; al mismo tiempo se hundió la luna tras una nube negra, y la noche se ensombreció más que nunca. Todo estaba en silencio. Sir Bertrand ató su corcel bajo un cobertizo y se aproximó a la casa, recorriendo todo el frente con paso lento y ligero. Reinaba sobre todo un silencio de muerte. Miró por las ventanas inferiores, pero no pudo

distinguir ningún objeto en la oscuridad impenetrable. Después de consultar consigo mismo, entró en el pórtico, y asiendo la enorme aldaba de hierro de la reja, la levantó y, tras un titubeo, finalmente dio un fuerte golpe. El ruido resonó en la mansión entera con ecos. Volvió a reinar el silencio; golpeó de nuevo, más fuerte y con más arrojo; sobrevino otro intervalo; llamó una tercera vez, y de nuevo todo quedó en silencio. Entonces retrocedió cierta distancia para ver si podía distinguir alguna luz en todo el frente. Una vez más, apareció en el mismo sitio, y luego se deslizó rápidamente y desapareció, igual que antes. Al mismo tiempo sonó desde la torrecilla una campanada grave y tétrica. El corazón de Sir Bertrand dejó de latir por un instante, horrorizado; permaneció inmóvil un rato; luego el terror lo impulsó a dar unos cuantos pasos apresurados hacia su corcel, pero la vergüenza lo hizo detenerse, y llevado por el honor y por un deseo irresistible de llegar hasta el fin de la aventura, regresó al pórtico y dándose ánimos para alcanzar una total firmeza de decisión, desenvainó con una mano su espada, y con la otra levantó el pestillo de la reja. Con un rechinido de las bisagras, la

pesada puerta cedió de mala gana a la presión de su mano, la empujó con el hombro y la abrió, se apartó de ella y avanzó; la puerta se cerró al instante con un golpe que resonó como un trueno. Sir Bertrand sintió que la sangre se le helaba; se volvió para buscar la puerta, y pasó un largo rato antes de que sus manos temblorosas la encontraran; pero toda su fuerza no bastó para abrirla de nuevo. Después de intentar varias veces, en vano, se volvió hacia atrás y vio, al otro extremo de un salón, sobre una gran escalinata, una llama pálida y azulada que despedía un lúgubre resplandor en torno suyo. Una vez más, hizo acopio de valor y avanzó hacia la luz. Ésta se retiró. Llegó al pie de la escalera, y tras un instante de deliberación ascendió. Subió lentamente, toda vez que la llama se iba retirando, hasta que llegó a una amplia galería. La flama avanzó, cruzándola, y él la siguió en silencio, horrorizado, con pasos ligeros, pues el eco de sus pisadas lo sobrecogía de espanto. Lo condujo al pie de otra escalera, y luego desapareció. En ese mismo instante resonó otra campanada desde la torre. Sir Bertrand sintió que le golpeaba el corazón. Se encontraba ahora en completa oscuridad y, con los brazos extendidos, comenzó a subir por la segunda escalera. Una mano muerta y fría vino al encuentro de su mano izquierda y la asió firmemente, tirándola con fuerza hacia adelante; trató de zafarse, pero no pudo, dio un golpe furioso con su espada, y al punto un chillido agudo le perforó los oídos, y la mano muerta quedó inerte en la suya. La dejó caer y se apresuró hacia adelante con un arrojado desesperado. La escalera era estrecha y de caracol, y con frecuencia la interrumpían fracturas y trozos de piedra sueltos. Se iba estrechando cada vez más, y terminaba al fin en una reja de hierro de altura escasa. Sir Bertrand la empujó y la abrió: daba a un pasadizo en espiral en el que apenas cabía una persona a gatas. Un débil resplandor servía para indicar la naturaleza del lugar. Sir Bertrand entró. Un gemido profundo y hueco resonó a lo lejos a través de la bóveda. Prosiguió, y al avanzar más allá de la primera vuelta, percibió la misma llama azul que lo había conducido antes. La siguió. Finalmente, la bóveda se abrió de pronto hacia una alta galería, en el centro de la cual apareció una figura



completamente armada, que lanzaba hacia adelante el muñón sangrante de un brazo, con un ceño terriblemente fruncido y un gesto de amenaza. Blandiendo una espada en su mano Sir Bertrand se abalanzó intrépidamente y asestó un golpe violento a la figura; al instante desapareció ésta, dejando caer una pesada llave de hierro. Ahora la llama descansaba sobre una amplia puerta plegadiza al final de la galería. Sir Bertrand subió hasta ella e introdujo la llave en una cerradura de bronce, corrió el cerrojo con dificultad y la puerta se abrió al instante, y revelando un gran aposento, al otro extremo del cual había un féretro que descansaba sobre las andas, con un cirio ardiendo en cada esquina. A lo largo de la habitación, en ambos lados, había estatuas gigantes de mármol negro ataviadas en traje morisco, sosteniendo sables enormes en su mano derecha. Cada una de ellas levantó el brazo y adelantó una pierna cuando entró el caballero; simultáneamente se abrió la tapa del féretro y tañó la campana. La llama continuaba deslizando hacia adelante, y Sir Bertrand la siguió con decisión hasta llegar a unos seis pasos del féretro. De

pronto, se incorporó en éste una dama envuelta en un sudario y cubierta por un velo negro, y extendió los brazos hacia él; al mismo tiempo las estatuas hicieron chocar sus sables y avanzaron. Sir Bertrand se vio arrojado en un trance repentino, y al recuperarse se encontró sentado en un sofá de terciopelo, en la habitación más espléndida que hubiera visto, iluminada por innumerables bujías, con resplandores de cristal puro. Al centro estaba dispuesto un suntuoso banquete. Las puertas se abrieron con una música suave y una dama de incomparable belleza, ataviada con un esplendor asombroso, entró, rodeada de un cortejo de ninfas alegres y aún más hermosas que las Gracias. Avanzó hasta el caballero y, arrodillándose, le agradeció su liberación. Las ninfas le colocaron una guirnalda de laurel en la cabeza y la dama lo llevó de la mano al banquete y se sentó a su lado. Las ninfas se sentaron a la mesa y un numeroso séquito de sirvientes entró y sirvió los manjares, mientras se escuchaba todo el tiempo una música deliciosa. Sir Bertrand no podía hablar, tan asombrado estaba. Sólo acertaba a agradecer sus obsequios por medio de miradas y gestos de cortesía. ◇